

El "conductor": una metáfora de la conciencia histórica latinoamericana *

HILDA NOEMI GIL **

De la extensa bibliografía crítica dedicada a Yo el Supremo, del autor paraguayo Augusto Roa Bastos, se destacan en número los trabajos tendientes a vincular esta obra con el "Ciclo de los dictadores", orientados, en general, hacia una consideración histórica_sociológica del eje Civilización_Barbarie. Otras corrientes de la crítica actual sitúan su perspectiva de abordaje en la ambigüedad semiótica del discurso, trasladándola también a la imposibilidad de señalar líneas de sentido para la interpretación de la obra. Por último, desde las líneas emparentadas con las propuestas de desconstrucción textual (Derrida Kristeva), se ha leído la negación de reconocer en las huellas escriturarias más que la anulación de un discurso borrado y un pasado abolido.

En la línea hermenéutica, el trabajo de Graciela Maturo, "Yo el Supremo: la recuperación del sentido"⁽¹⁾, adquiere singular relevancia al sustraer la interpretación de los lugares comunes de la crítica contemporánea y reinsertarla en el ámbito de una auténtica meditación sobre el lenguaje en su relación con un sentido re_mitificante de la historia:

* Reflexiones a partir de "Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos.

** Licenciada del Centro de Estudios Latinoamericanos de Argentina.

1 MATURO, Graciela, "Yo el Supremo, la recuperación del sentido" en Megafon, N° 3, Castañeda, San Antonio de Padua, Argentina, 1976, Pág. 151 a 156.

“Todo el libro del escritor paraguayo es una condenación de la ‘literaturidad’, de la palabra vaciada de significación y rarificada en un universo inmanentista. El sujeto narrador se desplaza desde la periferia socio cultural de las élites ilustradas hacia el vivo ontanar de la historia con su totalidad de impureza y de pasión, pero con su profundo sentido de lucha y peregrinaje que se mueve en una dirección determinada.

“Pretendiendo desmitificar, Roa Bastos re_mitifica, prestando su voz al largo monólogo de un jefe que representa auténticamente un estadio de la conciencia latinoamericana y cuya relación con la historia actual se hace evidente para todo lector” (art. cit., pg. 155)

En esta misma línea, la presente comunicación se propone considerar a la figura simbólica del dictador como reintegradora de los planos fragmentados del decir en una instancia posdiscursiva; esto es, en un lenguaje que desoculta su corazón pronunciantes de mensajes plenos, grávidos de verdad (no aquella de orden objetivo y desmostrarle que persigue la ciencia positiva, sino la que por vía sintética e intuitiva anuncian los símbolos). Lo único nuestro es lo que permanece indecible detrás de las palabras _dice el Supremo⁽²⁾. Encontrar la forma de decirlo es instaurar nuevamente la hegemonía del lenguaje sobre el discurso.

Pero el Lenguaje, en su raíz mítica, veterotestamentaria, es traspasado por la historicidad del Nuevo Testamento, que liga en el misterio de la Encarnación el origen mítico de la palabra creadora (Padre_Fuego_Energía), con la transformación histórica (Hijo_Sangre_Acto). Como el juego de relaciones entre la escritura de esta obra y las Sagradas Escrituras es asumido explícitamente por el narrador, habremos de ligar el periplo circular de la palabra del Supremo al fluir siempre cambiante de los tiempos, en tanto metáfora de la conciencia histórica latinoamericana como encuentro fecundo entre el saber mítico y la experiencia histórica.

FUNDAMENTO FILOSOFICO Y PERSPECTIVA CRITICA

Se inscribe esta interpretación en una perspectiva hermenéutica de

2 ROA BASTOS, Augusto, "Yo el Supremo", México, siglo XXI, 1982, 12a. Edición.

entronque fenomenológico. Según lo señala Ricoeur ⁽³⁾, sólo una hermenéutica “injertada” en la fenomenología del Husserl posterior a Die Krisis es capaz de arbitrar en el conflicto de interpretaciones rivales.

Al proponer arrojar a la conciencia fuera de sí, por el ejercicio de su modalidad simbólica, la fenomenología del espíritu convoca a la dinamización o puesta en marcha del sentido, promoviendo la actitud interpretante del sujeto hacia una exégesis continua que lo conduzca a l límite de la “ontología prometida” donde él mismo acabará por ser interpretado en su razón de ser y de existir.

Este arrojar la conciencia fuera de sí constituye el rasgo explícito de su intencionalidad, que denuncia la insuficiencia radical de la escisión entre interioridad y exterioridad ⁽⁴⁾:

“Decir que la conciencia es conciencia de algo, es decir que no hay noesis sin noema, cogito sin cogitatum, pero también amo sin amatum, es decir en suma que estoy ligado con el mundo” (LYOTARD, pág. 29).

La intencionalidad de la conciencia deviene, pues, relación del sujeto y su objeto, sólo definibles en y por esa relación.

Asumiéndonos como sujetos intencionalmente interpretantes, nuestra tarea hermenéutica habrá de orientarse según los tres parámetros de la comprensión y de la exégesis ⁽⁵⁾: a saber:

a) Parámetro existencial: revalida como fecundo espacio de experiencia no como limitación la cualidad de “existentes” insertos en una tradición, para nosotros la tradición mestiza latinoamericana, que es también en la que se inscribe la obra considerada.

b) Parámetro estético: siendo el lenguaje el soporte necesario e ineludible

3 RICOEUR, Paul, Hermenéutica y Estructuralismo, Buenos Aires, Megápolis, 1975, “Existencia y Hermenéutica”, Pags. 7-30

4 LYOTARD, J. F., La Fenomenología, Eudeba, Buenos Aires, 1973.

5 CULLEN, Carlos y LEVORATTI, Armando, “Introducción general al mito y a la hermenéutica”, en Mito y Hermenéutica, El Escudo, Buenos Aires 1973, Págs. 18-24.

a través del cual el conocimiento puede advenir y ser transmitido, debemos entenderlo aquí como una superación de las categorías saussureanas y en la plenitud que le desconoce la filosofía deconstructivista, pero que sí le acuerda el saber primordial de los mitos fundacionales en la vertiente judeo_cristiana y en otras cosmovisiones de la que nos interesa destacar dado el texto en cuestión_ la cosmogonía guaraní. ⁽⁶⁾

c) Parámetro ontológico: interrogando a partir de la puesta en marcha del sentido del texto_ sobre la presencia del ser en el texto mismo, pero también en nosotros y en el mundo, este parámetro acuerda a la literatura el rango de auténtica vía de conocimiento a través de lo que Ricoeur llama ejercicio de la inteligencia fonética (sabiduría de la experiencia, prudencia en la interpretación latina del término), en complementación de la modalidad teórica de la especulación racional ^{(7).}

La búsqueda de sentido que privilegia este tipo de interpretación "injertada" en la fenomenología, hace del símbolo su puerta de acceso privilegiada. Diferenciamos al símbolo del signo en tanto éste se asume desde la lingüística como convencional y arbitrario, mientras que la entidad simbólica es translingüística, multivamente analógica y arquetípica ^{(8).} También diferenciamos el sentido (direccionalidad movilizadora de la voluntad hacia la sabiduría) del significado (traducción reductiva de la comprensión en aras de la objetividad del conocimiento).

Revalidamos por último la homología establecida por Paul Ricoeur entre metáfora, símbolo y relato (extensivo al mito, a la creación literaria y a la historia) en cuanto a su potencialidad heurística (de invención o descubrimiento de aspectos inéditos de la realidad) que los acerca a la idea de modelo teórico concebida por Max Black ^{(9).}

6 VILLALBA, Jorge, Mitos Tupiguaraníes, Buenos Aires, ECA, 1975.

7 RICOEUR, Paul "La vida: un relato en busca de narrador, en Educación y política, Buenos Aires, CINA, 1985, pág 48.

8 ARONNE AMESTOY, Lida, "El problema del símbolo en la psicología ", en Megafón, N° 2, San Antonio de Padua, Castañeda, Dic. 1975. Pág. 23.

9 RICOEUR, Paul, La metáfora viva, Megápolis, Buenos Aires, 1977, Pags.357-375

DE LA FIGURA DEL DICTADOR AL SÍMBOLO DEL CONDUCTOR

a) Tirano, caudillo y dictador

Desde nuestra propia perspectiva histórica que legitima el parámetro existencial, debemos señalar que la literatura latinoamericana ha dado cuenta de diferentes "tipos" ⁽¹⁰⁾ de figuras autoritarias que pueblan las páginas de nuestra historia.

Valga a modo de provisoria forma de entendimiento, una esquemática clasificación que reconozca, en El señor presidente de Miguel Angel Asturias, la encarnación de nefastas tiranías signadas por su vinculación a designios imperiales (que consolidaron nuestra dependencia) y edificadas sobre la represión sangrienta de sus pueblos. Por otro lado, se levantan las figuras de los caudillos de la Independencia y la anarquía (o de autónomas formas de organización), recién revalorizados a partir del revisionismo de verdaderos estandartes de los impulsos de liberación y de las fuerzas telúricas desatadas, aunque siempre reconocidos como pasionales e intuitivos jefes de sus regiones desde que su imagen fuera bosquejada por Sarmiento en el Facundo. Por último, están los conductores que la historiografía oficial ha calificado de dictadores (término que habremos de recuperar en su legítima acepción), pero que la memoria popular erige como auténticos paradigmas de una voluntad comunitaria que contiene los gérmenes conscientes de su auto-realización sin desconocer la faz oscura que los símbolos también representan.

El recurso de método, de Alejo Carpentier; El otoño del patriarca, de Gabriel García Márquez y Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos, se hacen cargo de la dirección de sentido impresa por la tradición de nuestros pueblos para la comprensión del fenómeno de estas figuras que han desatado verdaderas revoluciones incruentas, de notable actualidad a través de la irrupción contemporánea de los grandes movimientos populares y nacionales.

Hacerse cargo implica, sobre todo en la obra del escritor paraguayo, no

10 No utilizamos la palabra "tipo" en el convencional sentido del estudio psicológico de los personajes sino con una orientación simbólica.

sólo “portar” un mensaje sino construir una textura significativa que asuma desde la estructura misma del lenguaje la recreación del conflicto y su resolución.

b) Fluir de la historia y permanencia mítica

La novela se articula en torno a la figura del dictador, es la gran metáfora (en el sentido ricouriano) de la conciencia histórica latinoamericana, donde se enfrentan y reconcilian los más disímiles discursos y de donde son expulsados los gérmenes corrosivos de la desintegración: el agua opera como símbolo ejecutor del enfrentamiento y la reconciliación, también ex_pulsivo (expulsión de los corruptores, pero además pulsión interior de ser atrapados por el discurso seductor de extranjeros “ilustres”, espías del imperio occidental tras la máscara inocente del viaje desinteresado o el científico objetivo).

El río, fluir de las aguas, es también fluir de la historia: desde él llegan los “indeseables” que rompen el equilibrio del orden pétreo del sistema, obligando al Supremo a reacomodar sus piezas. La clave de la comprensión estará, pues, en llevar una lectura simultánea de varios niveles sin confundirlos, pero articulándolos a cada momento para que se interiluminen. Si nos dejamos atrapar por el cuestionamiento ideológico _ya sea a favor o en contra del orden establecido por Gaspar de Francia (al igual que el del argentino Rosas o el boliviano Belzu, identificados como la “barbarie”, en contraposición al gesto “civilizatorio” que supondría el triunfo económico y cultural anglo-francés, definitorio para la fragmentación de nuestro continente en republiquetas dependientes)_ la linealidad de esta lectura nos impediría ver que aquello que el autor condena en el plano histórico y político: la destrucción de Paraguay por las fuerzas neocoloniales triunfantes en la Guerra de la Triple Alianza y la defección _a partir de ese momento_ de la gran causa latinoamericana (representada en la figura de Gaspar de Francia) de las dirigencias paraguayas posteriores a la guerra, en el plano metafórico adquiere una valencia positiva; veamos cómo:

Esas fuerzas de desintegración, condenadas en lo ideológico, adquieren simbólicamente un valor transformante, impulsor del dinamismo histórico. Cuando decíamos que el río operaba como fluir de la historia, queríamos significar cómo lo circular-perpetuo del discurso del Supremo (también

lo circular perpetuo del tiempo mítico, primordial) es inficionado por la irrupción de lo histórico, que desordena, obliga a reacomodar, pero fundamentalmente fecunda la permanencia o fondo de la conciencia que, en su trabajo de fagocitación de la novedad y expulsión de lo inabsorbible, crece hacia niveles superiores de comprensión y de ejecución.

También la historia (simbolizada en el río siempre cambiante del acontecer) se transforma en su llegar y partir perpetuos al espacio de la permanencia mítica, de la conciencia omnímoda metaforizada en el monólogo reiterativo del dictador: ella misma, la historia, a la vez que fecunda su dinamismo, es fecundada por la eternidad que la traspasa; es en el sentido profundamente escatológico que guarda el mito donde encuentra su propio sentido; la tensión hacia un futuro eternamente postergado (aquello que Hegel denuncia como “perversa infinitud” del tiempo histórico) se resuelve en el encuentro con el eterno presente del tiempo fuerte (illus tempus) del mito. El río que parte no es el mismo que llega. A veces se lleva viajeros que jamás retornarán, otras trae visitantes que habrán de morar para siempre en la patria _conciencia paraguayoamericana (Artigas es el símbolo más fecundo en este caso, por su rivalidad histórica con el Supremo que finaliza con la unión en una misma conciencia de unidad). Otros, como Belgrano, llegan y parten aprendiendo y enseñando cada vez. El pasaje del sueño en que ambos vuelan en sus caballos ⁽¹¹⁾ es uno de los más conmovedores locus de amor viril hacia una misma mujer _patria en la que pueden encontrarse y amarse ellos; ser a la vez padres e hijos de su pueblo:

“Vimos por las calles de Asunción, no entre una multitud hostil de judeznos, sino de un pueblo de fervorosos adeptos; los hijos de esta roja Jerusalén sudamericana (...) Vea, contemple a este pueblo sencillo (...) Ellos están vivos, nos aplauden, pero nos juzgan. Esperan su turno. Cierran el círculo por la vuelta ¡Vea usted! doctor, contemple esas manos callosas, negras ¡Se agitan quemadas por el sol pero completamente blancas! Quieren hacer de nosotros sus candiles. Procuran encendernos con su fervor” (YES, pág. 228).

Y más adelante:

“Íbamos cabalgando entre las nubes en nuestros caballos mongolfieros. El mapa bermellón de la ciudad parecía aún más bermejo desde lo alto. El verde más verde. Las palmeras empenachadas y esbeltas, enanas,

11 JUNG, C.G., Símbolos de transformación. Barcelona, Paidós, 1982

enanfísimas. Las sombras de las hondonadas, más oscuras. Fuego ímpido derramaba la caída del sol sobre la bahía, sobre el caserío apifado en las lomadas ¡oh, qué bello paisaje! exclamó Belgrano, aspirando el aire a todo pulmón." (YES, pág. 231).

Una rica valencia del simbolismo del río se muestra en el viaje iniciático que el personaje emprende en el filo de la niñez con la adolescencia, rememorado desde el presente continuo de su monólogo. A la carga significativa que el símbolo del viaje porta en sí mismo se agrega la edad del protagonista (la adolescencia es considerada un umbral iniciático por todas las culturas de la tierra), la confrontación con el padre (que adquiere, más allá de la interpretación psicoanalítica, un complejo sentido de crecimiento espiritual, indicado en este caso por otro pasaje de la novela donde él accede a darse nacimiento a sí mismo en el interior de una calavera ⁽¹²⁾ y por último la prueba heroica de la matanza del tigre:

"Apreté el gatillo. El fognazo recortó la figura del tigre en un anillo de humo y azufre. Rugidos de dolor hicieron retemblar las aguas, estremecer los islotes, retumbar las orillas. La ensangrentada cabeza del tigre se volvió resoplando. Furioso. Sus ojos se clavaron en los míos. Mirada de incontables edades. Algún mensaje quería transmitirme. Apunté despacio otra vez a la amarillenta pupila. El tiro apagó su incandescencia. Cerré los ojos y sentí que nacía. Mecido en el cesto del mafz_del_agua, sentí que nacía del agua barrota, del limo maloliente. Salsa al hedor del mundo. Despertaba a la fetidez del universo. Pimpollo de seda negra flotando en la balsa_corona, armado de un fusil humeante, emergiendo el alba de un tiempo distinto. ¿Nacía? Nacía. Para siempre. Extraviado del verdadero lugar, se quejaron mis propios vagidos. ¿Lo encontraré alguna vez? Lo encontrarás, sí, en el mismo lugar de la pérdida, dijo la carrasposa voz del río (...) Me incorporé lentamente, empuñando el fusil". (YES, pág. 309. El subrayado es nuestro)

Si nos importa destacar este pasaje es, desde el tema de la historia en su ligazón con el mito, porque aparece allí la paradoja de lo histórico cerrando el tiempo mítico y a la vez incorporándolo en su fluir. En otro momento de la historia se rememora la leyenda guaraní del jinete alado

12 JUNG, op. cit.

(montado en un tigre azul) que rapta a la hija del gobernador Lázaro de Ribera: el tigre con mirada de incontables edades, muerto de un disparo, es según la idea de que matar al monstruo es incorporarlo ⁽¹³⁾ el tiempo mítico de la América primordial absorbido por la conciencia histórica de la América mestiza. Por otra parte, el hecho de ser ese el único salir registrado del Supremo, habla de la incorporación de los procesos dinámicos de la historia al escenario permanentemente reiterado del mito.

El planteo literario de este tema coincide con la formulación filosófica de Nicolai Berdiaev, expuesta en su obra El sentido de la historia ⁽¹⁴⁾. El pensador ruso estima que sólo el reconocimiento de la historicidad como uno de los rasgos de la conciencia posibilita al sujeto cognoscente (ya sea un hombre o un pueblo) la comprensión de la historia como proceso de sentido, también la formulación de esa conciencia expresada en actos: me levanté empuñando el fusil; por eso el Supremo había dicho, poco antes del episodio del tigre:

“¿Pueden llevar contra su voluntad a uno que no es todavía?” (YES, pág. 304. El subrayado es del autor)

El relieve del verbo subrayado pareciera señalar su no ser antes del nacimiento a la historia, en sugestivo juego además del Soy el que soy bíblico, retomado por Cristo, Verbo Encarnado, Ejecutor de la Acción; para Berdiaev: centro simbólico de la historia por ser el momento en que las paralelas se unen; en que acto y palabra devienen acontecer y ser a la vez.

En esta dirección, el rico simbolismo del lenguaje de Roa Bastos permite establecer una relación profunda entre el fluir-del río-historia y el fluir_de la pluma-palabra, unidas por la memoria-conciencia del dictador-amanuense. Don Mateo Fleitas, antiguo escribiente “Karaf”, enseña a su actual escribiente, Policarpo Patiño, su obra: una manta tejida con finísimas plumas de murciélagos que habrá de regalarle como remedio para sus males “de adentro y de afuera” al Supremo, manta-manto (a su

13 JUNG, op cit.

14 BERDIAEV, Nicolai, El sentido de la historia. Madrid, Encuentro, 1979.

vez él lleva una capa roja que Gaspar de Francia le ha obsequiado): símbolo del poder otorgado mutuamente entre el conductor y su pueblo, ya que diversos indicios permiten establecer esta analogía con los escribientes. Pero también metáfora de la palabra ligada a la acción (como tejido_lenguaje) y fijada en la escritura:

“Crían un pelo tan fino que sólo manos acostumbradas a la pluma, como la tuya o la mía pueden hilar, manejar, tejer, dijo despabilando el candil con esa uñas larguísimas”. (YES, pág. 33)

La llama del cirio _el escribiente Fleitas lleva su sombrero coronado de velas encendidas_ alude probablemente al Verbo (el don de lenguas descende a los discípulos por acción del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego); este nexo: fuego-lenguaje, predicción-acción, habrá de reiterarse en diversos momentos.

También la pluma reaparece, esta vez como sugestivo utensilio, en un comentario del compilador-autor, en clara referencia autobiográfica, donde especifica las dos funciones: “escribir al mismo tiempo que visualizar las formas de otro lenguaje compuesto exclusivamente con imágenes, por decirlo así, de metáforas ópticas”. (YES, pág. 214), “pluma-guión” la llama Roa, llegó a sus manos por el arrebato casi compulsivo a su dueño, un ex condiscípulo suyo, moribundo, “cuarto nieto de Policarpo Patiño”. (YES, pg. 216)

El fluir de la historia traspasando la sagrada permanencia del tiempo mítico, el mito iluminando los claroscuros del proceso histórico, la conciencia de los pueblos emergiendo de esa doble encrucijada y a la vez conteniendo en la metáfora del monólogo dictatorial la memoria de su historicidad constitutiva, de su fondo mitológico, había de desembocar naturalmente en la complejidad de un lenguaje simbólico que recreará en su estructura la paradójica situación de ser hijo y padre a la vez de la esfera volitiva⁽¹⁵⁾, donde la palabra engendra al acto en su capacidad movilizadora

15 DILTEHY, Wilhel. Poética, Losada, Buenos Aires, sección 2, capítulo 2, Pag 35: “Cuándo en el poeta actúan las imágenes de estas grandes cualidades de la voluntad y los sentimientos que proceden de ellas, un ideal de la vida se toma el alma de su poesía. Este proceso de idealización configura caracteres y argumentos. Al mismo tiempo se origina en la conducción de la acción una idealidad que está basada en la voluntad”.

y a la vez nace de un acto supremo de volición: nombrar aquello que nos moviliza detrás de las palabras: "Hacer que la palabra sea real". (YES, pág. 67)

c) La palabra del Supremo como reintegración de los planos fragmentados del decir

Hacer que la palabra sea real es erigirse sobre la múltiple fragmentación de los discursos aparentes, lograr que el lenguaje en su unidad de cuenta de la diversidad que los sustenta. En un extenso párrafo casi final (pgs.439/453), el agua negra de la palangana, donde Patiño remoja sus pies mientras copia, es el espejo donde la Verdad, ligada a la memoria, duerme encerrada en su hermentismo, poblada de palabras e imágenes que el amanuense_pueblo ha sembrado y que el dictador_conciencia intenta atrapar.

En ese recinto donde, contradiciendo a Heráclito, "los pies anfibios del amanuense se bañaron en la misma agua inmóvil en un siempre bastante parecido a la eternidad" (pág. 441), es donde el Supremo descubre la Verdad librada de la ya clásica oposición con la verosimilitud.

Esta oposición data del momento en que Aristóteles domestica la retórica "salvaje" de la Asamblea, colocándola bajo la tutela de la filosofía, al acordarle a su discurso el rango de verosímil y oponiéndolo a la verdad del discurso filosófico. El héroe de la novela habrá de descubrir en el recinto que bautiza "Cámara de la Verdad, Cuarto de la Justicia", su otra ligazón con el concepto griego de aletheia (Realidad del ser) ligada al concepto latino de veras (que involucra a la justicia en tanto verdad que supone la pacificación de los contrarios en pugna). Sólo la metáfora, el símbolo, el relato pueden re-presentar heurísticamente la verdad así concebida, puesto que el razonamiento lógico se apoya en el planteo permanente de la oposición binaria, imposible de resolver en su ámbito reductivo. Así nos informará el Supremo:

"Descubrí este rayo de rectitud perfecta atravesando todas las refacciones posibles. Fabriqué un prisma que podía descomponer un pensamiento en los siete colores del espectro. Luego cada uno en otros siete hasta hacer surgir una luz blanca y negra al mismo tiempo, allí donde los que únicamente conciben lo doble-opuesto en todas las cosas, no ven más que

una mezcla confusa de colores". (YES, pág. 440).

Todo este párrafo es el despliegue metafórico del lenguaje del Supremo agitándose tras los jirones del decir gramentado en arbitrarias categorías antagónicas: el decir verdadero de la filosofía frente al decir verosímil de la retórica; el decir épico del héroe frente al decir conflictuado del tirano; finalmente: el decir ecuánime de la ley frente al decir arbitrario del imperio del deseo dictatorial.

Ya hemos visto cómo la Verdad es alcanzada sólo por el rodeo de la metáfora, y cómo mito e historia, eternidad y devenir son reverso y anverso de una misma textura significativa, donde el hombre contradictorio se edifica héroe y conciencia de su patria por un acto de intensa voluntad (parirse a sí mismo), que es a la vez transgresión (romper con el padre_Europa) y reparación (hacerse cargo del monstruo_raíz mítica americana).

Reunidos estos fragmentos del decir en un único lenguaje: metáfora, memoria, acto, de la conciencia histórica de Latinoamérica, queda aún por ver la resolución del decir dictatorial enfrentado al orden de la legalidad. Paul Ricoeur en "El yo, el tú y la institución" ⁽¹⁶⁾, habla de la posición dialógica en la consideración de la libertad como condición indispensable para la existencia de una ética.

Para que mi libertad sea, la tuya debe ser posible y la formulación necesariamente ha de poder convertirse. Como en realidad, y en el terreno de los hechos, esto no sucede, aparece el El: referéndum común, mediación de la regla. Sin embargo, asegura Ricoeur, una conciencia crecida éticamente explícita en su escisión un magisterio interiorizado: el mandamiento "no mataré" se formula en segunda persona: "no matarás".

Mientras Yo el Supremo dicta y tú, Policarpo Patiño obedece, El Supremo va gestando su triunfo sobre el tiempo y la muerte. Muere quien manda a capricho y de su muerte nace el otro, el matador del tigre en cuanto animalidad del impulso, la encarnación humana del tigre en cuanto impulso canalizado hacia la acción constructiva de la historia.

16 RICOEUR, Paul. "El yo, el tú y la institución", en Educación y política, Cinae, Buenos Aires, 1985.

¿Quién es EL SUPREMO triunfante sobre aquél que comen los gusanos sino la voz de una macroconciencia orientando el destino de América hacia su liberación? No es ciertamente un dictador _según el sentido parodiador del término_ sino el que se dicta a sí mismo el cumplimiento de un mandato de Justicia, el que puede germinar en la memoria de los pueblos como conductor legítimo:

“En medio, EL, erguido, con su brío de siempre, la potencia soberana del primer día. Una mano atrás, la otra metida en la solapa de la levita. No le tocan las rachas de viento y de agua (...) Sube marcialmente. Hace crujir el maderamen de los escalones. Se detiene en el último. El más resistente. El escalón de la Constancia, del Poder, del Mando”. (págs. 450_451).

Desde el sentido ascensional (en el orden simbólico-religioso; el párrafo todo asume explícitamente un carácter de sacralidad no confesional) de subir hasta el último peldaño, podemos entender que la sonrisa triunfante que lanza a continuación EL, traspasando con su dedo admonitorio la cáscara narcisista del YO (pero recuperando al YO auténtico, según lo anuncia) se debe al recuerdo de aquella frase que pronunciara ante Belgrano (cuarenta años atrás, en el tiempo cronológico de la historia entretejida con la novela): Contemple a este pueblo sencillo (...) nos aplauden pero nos juzgan.

CONCLUSION

No intentemos postular este breve trabajo como una exhaustiva interpretación hermenéutica. Sí hemos tratado de sugerir, a modesta escala, cuál es el rumbo de tal tipo de exégesis: una comprensión activada desde el fondo simbólico de la obra que sustenta un lenguaje altamente metafórico (como intencionada búsqueda de una verdad más allá de la razón), una interpretación asumida desde nuestra cualidad de “existentes” arraigados a una tradición histórica y cultural común al interpretante (crítico) y el interpretado (mundo de la obra), una aspiración _por último_ a conocer, a través del texto, la tradición que nos acoge y a la que prolongamos en nuestra actitud interpretativa.

La intencionalidad de nuestra conciencia _en el sentido fenomenológico_ ha subordinado la perspectiva hermenéutica a un gesto de “escuchas”

atentos de la palabra creadora, en la seguridad que guardamos sobre la validez de la creación como expresión legítima de aquél por y para quien se crea: en este caso el pueblo de la América mestiza, que guarda en el presente continuo de su memoria-conciencia, tanto la visión fiel del pasado como los gérmenes constructivos del futuro.

En fin: frente al impulso, frecuente en los ámbitos académicos, de privilegiar las tendencias extrañas a nuestra propia tradición crítica, revalidamos la necesidad y la valentía del riesgo interpretativo como ineludible acto de compromiso con la historia.